

Iván Oñate

La superstición de Furio

Cuento del libro:
El hacha enterrada



MAYOR BOOKS
www.EditorialMayorBooks.com

LA SUPERSTICIÓN DE FURIO

LA SUPERSTICIÓN DE FURIO

Cuando Mara conoció a Furio, se enamoró de su pelo ensortijado, de sus vivos ojos de almendra, de su barbilla partida por el dedo de Dios cuando le comunicó la existencia; pero por nada en el mundo podía imaginar que en ese mármol vivo y enérgico se escondía el genio desolado de un pintor secreto.

Su noviazgo (atenuado el fervor de los primeros meses), se acogió a esa vivificante y tan necesaria rutina para los enamorados, pero de efectos mortales cuando estos se casan. Mara le telefoneaba diariamente desde el trabajo, y Furio la buscaba los fines de semana para llevarla a un concierto de rock, para dar vueltas por Milán o vagar sin rumbo por los pueblitos de la periferia milanese. El Fiat 600, bien podía aparcar cerca de un establo o junto al pórtico marrón de una *ballera* ruinosa, donde más que bailar a Furio le fascinaba escuchar las mazurcas que los viejos danzaban con el mismo esmero de quien concluye su poema más hermoso. “Pareces un abuelo”, solía reprocharle Mara, respingando la nariz y apoyando su liviana cabecita de chiquilla en el hombro de su espléndido vejstorio que acababa de cumplir los treinta.

Aunque Mara prefería distracciones propias de su edad y de su tiempo, cedía sin mayor reparo a los gustos nostálgicos de su marido en ciernes. Como toda mujer, se sabía amparada por una ancestral sapiencia: se había inventado el matrimonio, para que el mundo fuera reacomodado a gusto y capricho de las esposas. Y así, entre breves aburrimientos de Mara y algunas sorpresivas borracheras de Furio, transcurrieron sus dos años de compromiso. No está por demás recordar que antes de conocer a Mara, a raíz de la revuelta del 68, Furio abandonó la universidad y se marchó a Sudamérica. Sus más queridos amigos lo hicieron al Oriente

y al Africa. Unos regresaron, y al poco tiempo se convirtieron en prósperos agentes de la banca milanesa. Otros, los más sensibles, se quedaron atrapados en las nieves del Nepal o en la droga más dura del Asia. Furio regresó, pero trajo consigo la melancolía de los Andes y la mal vista costumbre de emborracharse con grappa. “Por allá se toma algo más fuerte”, decía a los amigos, frunciendo la cara y evocando los ásperos aguardientes destilados de la caña de azúcar.

Para el día de la boda, Furio escogió un rústico lugar en la Pianura Padana donde se dispusieron mesas en el patio y el vino se virtió de jarras de terracota. “Un viejo, propiamente un viejo”, le repitió Mara, feliz, mientras Furio la conducía al ritmo de una polca por entre los aplausos y los augurios de los invitados al festejo. “Sí”, aceptó Furio, “Propiamente un viejo”. Pero Mara no supo si la melancolía con que lo dijo se debió a los abuelos que parecían entristecidos por los sonos de la orquesta, o por los muchachos con crestas de mohicano que habían detenido sus motocicletas al borde de la carretera y comenzaron a mofarse con escándalo, bajándose los pantalones y lanzándoles estrujadas latas de cerveza.

Al anochecer, los recién casados partieron a un sitio que podía significar la dicha para cualquier mortal, menos para Mara que anhelaba cielos de otro color y arenas con rescoldo de oro. “A París”, dijo Furio renunciando al crucero concertado por los suegros de ambas partes. Mara no protestó. Pero sí sus respectivos padres, pues en esta negativa de viajar a Grecia, veían esfumarse la luna de miel que habían añorado durante toda su vida y pensaban vivirla a través de sus retoños.

Ya en París, y en un frío amanecer, Furio condujo a su mujer al corazón mismo de la nostalgia. “Al barrio Latino”, ordenó al taxista. En la Place de L’Odeon, Furio reconoció un hotelito estrecho y gris como casi todos los hoteles de la zona. Mara no sonrió en el

almuerzo, como tampoco en el primer paseo que hicieron a Montmartre. Cuando volvieron al hotel, se limitó a abrir el equipaje y a contemplar en silencio el horrible empapelado del cuarto.

Felizmente, y contra los funestos augurios del empapelado y de las manchas en el cielo raso, para el segundo encuentro de la noche, Mara había olvidado por completo los mares de Grecia y aceptado que era posible darle vuelta al mundo sin moverse para nada de una cama del hotel Novelty. “Soy feliz”, exclamó, y entonces Furio, como si todo el tiempo hubiese estado aguardando por estas palabras, tomó un cigarrillo y dijo cautelosamente:

—*Bella*, debo confesarte una cosa.

Mara contuvo la respiración y cerró los ojos.

—¿Qué cosa? —preguntó con alarma.

—Soy pintor —dijo.

Mara se estiró en la cama doblemente satisfecha. A más de una prometedor vida íntima, el hotelito de París le otorgaba una enseñanza: el talento de un hombre no necesariamente está reñido con su belleza.

—Cuando volvamos a Milán —se entusiasmó Mara—, ¿me mostrarás tus pinturas?

Furio exhaló una bocanada de humo.

—Es parte de la confesión —dijo—. No quiero que me veas, cuando pinto.

—¿Por qué? —se extrañó Mara.

—Un temor mío —respondió Furio—. Es como si mi pintura se pudiera esfumar si la mirara otro.

—Es algo tonto —comentó Mara. Y al rato preguntó con extrañeza—: ¿Serás siempre, un pintor secreto?

—No —replicó Furio—. Solamente, cuando una obra no está aún concluida. Mientras la trabajo.

Mara se sintió tranquilizada. Pero más que la ilusión de conocer la obra de Furio, la sosegó la idea de haber comprendido las excentricidades, los nostálgicos gustos y hasta las odiadas borracheras

de su esposo. Era un artista y había que celebrar su talento.

Apoyándose contra el pecho de Furio que fumaba de cara al cielo raso, Mara le preguntó traviesa:

—¿Es una superstición? —y le mordisqueó en un hombro, provocándolo a la riña amorosa.

Furio sonrió, y apagó el cigarrillo contra el piso.

—Sí —dijo volviéndose sobre ella—. Una superstición. Nada más que eso.

Cuando retornaron de la luna de miel, la pareja se instaló, en Peschiera Borromeo, un pueblito a las afueras de Milán, donde los padres de Furio conservaban una casa para sortear los rigores del verano en el insoportable mes de agosto.

—Ocúpenla hasta cuando se aburran —le dijo Giacomo Dusi a su nuera—. Total, con mi mujer ya estamos viejos, y sentiremos frío hasta en el infierno.

La casa era pequeña, pero aparte de lo indispensable, Mara descubrió un jardín posterior. De inmediato planeó cubrirlo de salud y belleza. Incluso imaginó las lechugas, canteadas de flores y plantas por donde saldría a caminar su dicha.

Ignorando los planes de Mara, Furio invirtió con ahínco los primeros días en limpiar y acomodar su taller en el sótano del *nono*. Lo llamaba así, porque en ese lugar el abuelo solía narrarle sus aventuras de *partigiano*, mientras él le ayudaba a taponar las botellas de vino. Para Furio, era una verdadera fiesta manipular la máquina corchadora, mientras el abuelo envasaba en botellas el vino comprado en toneles para el resto del año. Con pequeños sorbos le enseñaba a reconocer la fecha, la tierra y el aire de las diferentes viñas. Pero había algo más recóndito y secreto que atraía a Furio hacia el sótano del abuelo. Algo que vio de niño en un sofocante verano. Aquella tarde, y mientras sus padres hacían la siesta, Furio cogió una jarra de té frío, un cuaderno, y se puso a dibujar bajo el fresco de la parra. De pronto apareció la Franca, una joven vecina. Furio des-

cubrió, con vértigo, que bajo el ligero vestido que se le transparentaba por el sudor de los senos, la muchacha estaba desnuda.

—Maestro —bromeó la Franca—. ¿Podría dibujarme un retrato?

—Bueno —aceptó muy serio Furio. Y agregó con picardía—: Pero a cambio de un deseo.

—¿Qué deseo? —preguntó la Franca, fingiendo ingenuidad y acercando sus poderosas nalgas a las diminutas nalgas de Furio.

—¡Que me dejes tocarte el culo! —gritó Furio y en vez del culo, le exprimió los pechos.

Acostumbrada a estos juegos, la Franca lo persiguió por el huerto, correteándolo y prolongando la cacería del pequeño zángano al que pronto estrecharía contra sus pechos. Pero esta vez, Furio no cedió fácilmente a la caza. Saltó sobre la cerca, y corrió hasta el establo del vecino. Franca lo alcanzó, pero con tan mala suerte, que en el forcejeo resbaló y cayó de posaderas en la bosta.

—¡Me la vas a pagar! —bufó la Franca, con los muslos desnudos, como delfines en una ciénaga verdosa.

Con el corazón atolondrado, más por el resuello de la Franca que por su amenaza, Furio saltó nuevamente la cerca y buscó refugio en el sótano del abuelo. Allí vio lo que celosamente guardaría en secreto durante toda su vida. Encaramado como un caballo o como un toro del establo vecino, el abuelo se apretaba a las nalgas de la abuela, mientras ésta apoyaba sus manos contra un tonel de vino. Desconcertado, los oyó gemir, como aferrándose desesperados a algo que los abandonaba y que, en cambio, en él recién nacía. Algo que vino desde el cuerpo de Franca y lo perturbaba.

—¿Ocurre algo *nono*? —preguntó asustado.

Los viejos se sobresaltaron, y sin mirarlo, el abuelo lo llamó con una mano. Furio se acercó y vio que la abuela lloraba apoyada sobre el tonel de vino. El

abuelo hacía lo mismo, escondiendo la cara contra la espalda de la abuela.

—No se lo cuentes a tus padres —le rogó el abuelo—; se la pasarán regañándonos como a niños.

—No lo haré —dijo Furio, acariciando la cabeza del abuelo.

—¿Me lo prometes? —preguntó, con ojos implorantes el abuelo.

—Te lo prometo —dijo Furio, volteándose y buscando a la carrera la salida.

Esa misma tarde, trepado al techo de la casa y mientras tocaba su acordeón, Furio lloró desconsolado. No sabía bien por qué lloraba. Oscuramente presentía que él también estaba enfermo. Enfermo y condenado por el mismo mal que se escondía en su niñez y de repente se desnudó en la vergüenza de los abuelos.

El primer año de matrimonio, transcurrió sin mayores tropiezos. Mara continuó de maestra en un instituto para niños incapacitados y aprovechaba las primeras horas de la noche para terminar su tesis de psicóloga. Furio, en cambio, consiguió su primer empleo como traductor en una importadora de café colombiano. El jefe, un caribeño de camisas verdes y corbatas amarillas, no puso objeción al convenio que le propusiera Furio: llevar el trabajo para la casa y hacer las entregas los fines de semana, ocasión que aprovechaba el caribeño para invitarlo a unos tragos de ron, y pedirle que le tradujera cartas a una napolitana. “Es idéntica a Sofía Loren”, suspiraba el caribeño, mostrándole una foto que, por milésima vez, sacaba de su billetera.

Mientras duró el convenio, Mara vivió convencida de que era la destinataria de un milagro inmerecido. No sólo que su marido daba muestras de haber pintado todo el día y de llevar en regla el trabajo, sino que al anochecer la esperaba con alegres platillos donde era fácil reconocer la cara de Dios con una sonrisa.

Desgraciadamente, la sonrisa de Dios se apagó el mediodía de un viernes y en boca del nuevo jefe:

—Si quiere continuar en el trabajo —le dijo a Furio—, deberá cumplir el horario como en cualquier oficina.

Furio sonrió, pero se puso serio de inmediato.

—Está bien —dijo—. Asistiré todas las horas, no se preocupe.

Desde aquel lunes no volvió a salir el sol para la pareja. Ahora, no solamente que Furio regresaba más tarde que Mara, sino que después de una rápida cena, y casi siempre sin mirar a su esposa, él se hundía en el sótano de donde salía a la madrugada, embadurnado de pintura y con los síntomas inequívocos de haber bebido grappa.

—Esto no es vida —estalló una noche Mara—. Nunca te veo, por poco te desconozco.

—Tengo que pintar —se justificó Furio.

—¡Pintar, pintar! —gritó Mara—. Jamás me dejas ver lo que haces. Es como si me traicionaras en esa cueva.

Furio sonrió con amargura.

—No falta mucho —dijo—. Los plazos se cumplen, *bella*. No seas impaciente.

A pesar del extenuante ritmo de esclavo, Furio no demostró cansancio. La que desmejoró fue Mara. Lánguida y en camisa de dormir salía los domingos hasta el huerto. Con desapego de mujer herida, observaba a Furio lavar los pinceles, mezclar los pigmentos y templar las telas en los bastidores. Se sabía excluida del presente de su marido y como todo amante en estos casos, se aferró peligrosamente a las nostalgias de lo vivido y a la posibilidad de un futuro que nunca llegaba. Hasta que una mañana despertó febril y sacudida por el vacío dejado por su esposo.

—Llama a mi trabajo —pidió a Furio—, y avísales que me muero.

Furio telefoneó desde la oficina y al otro lado de la línea escuchó la voz del director que lo alentaba: “De-

be ser un simple resfrío, cuestión de cuidarse un poco”. Sin embargo, el médico de Peschiera Borromeo se puso serio cuando tomó el pulso de Mara.

—Necesito hacerle unos exámenes —dijo—, mientras tanto deberá guardar reposo.

Sorda a la recomendación del médico, Mara se levantó al otro día y movió los muebles de la sala. Con un trapo fregó el piso y lo pulió hasta que pudo mirarse en el reflejo. Por dos ocasiones bajó al sótano, pero venció la tentación a mitad de las gradas. Esa noche durmió intranquila, sofocándose de calor y temblando entre sueños. No por la enfermedad, sino por la determinación que había tomado para el día siguiente.

En la mañana, y tan pronto como Furio se marchó a la oficina, Mara descendió al sótano armada de una escoba y un trapo. Abrió la puerta y dio un paso atrás, empujada por el terrible olor a encierro. “*Qué schifo*”, frunció la nariz y buscó el interruptor de la luz que supuso estaría junto a la puerta. No lo encontró. Entonces recordó los reflectores que Furio había comprado, para pintar en la noche. Cerró los ojos y a tientas se encaminó hacia la escotilla de metal que daba al huerto. En la penumbra, quizás lograría divisar esos reflectores que Furio debió conectar en alguna parte. Calculó que la escotilla estaba a su izquierda y a la altura de su brazo levantado. Dio unos pasos y tropezó con algo que cayó al suelo. “El caballete”, pensó, y sólo entonces se decidió por la linterna que Furio guardaba en un cajón de la cómoda. Subió a buscarla con apremio.

De regreso, y con la luz de la linterna, Mara comprobó que efectivamente el caballete estaba caído. Pero también, y con alarma, la huella de su pie en una tela que se había rasgado. Acercó la linterna y observó con alivio la total ausencia de pintura. “Debo cambiarla”, pensó temiendo los reclamos de Furio. Movié el haz de luz y en un rincón divisó el grupo de telas arrimadas. “Ojalá que no estén todas pintadas”, se dijo. Mientras

se aproximaba a las telas concentró la luz sobre el grupo, y para su suerte encontró, no una, sino todas las telas immaculadas. “¡Dios!”, exclamó Mara acordándose de la superstición de Furio. Increíblemente, se pasó una mano por los ojos y revisó nuevamente las telas; pero tampoco encontró un solo rastro de pintura. “¿Debo creer que no se trataba de una simple superstición?”, se preguntó aterrada, cayendo de rodillas junto a las telas. Presa de una irritante confusión, Mara se repitió que debía vencer esa horrible idea. La venció, pero a costa de una idea más horrible: ¡Furio estaba loco! ¡Dedicado a algún extraño rito, del cual subía al amanecer borracho de grappa y embadurnado de pintura! Mara sintió que se ahogaba, que le faltaba aire en aquel encierro. Se incorporó y con la linterna buscó la escotilla. La abrió, y una ráfaga de aire que vino del jardín le refrescó el rostro. “*Maledetto*”, pensó en su marido. Aspiró varias veces y se limpió las lágrimas. Ahora no temía los reclamos de Furio. Con trapo y escoba, iba a poner fin al engaño. Dio media vuelta y por entre la penumbra del sótano divisó los reflectores. Guiándose con la linterna se acercó hasta ellos. Los encendió, pero su grito no le permitió escuchar el golpe de la linterna que cayó al suelo. ¡Ahora descubría el extraño ritual de su marido! ¡La secreta obsesión que lo arrancó de su vida! Como en la Capilla Sixtina, Furio había cubierto las paredes y el tumbado del sótano con una obra cuya perfección le estremeció como un rayo. Pero aquí, en el sótano del *nono*, ya no estaba la majestuosa presencia de Dios para comunicar la vida. Estaba arracándola de las manos de Adán y marchándose irascible. Se veían las espaldas de una piojosa divinidad, insatisfecha de su obra. Detrás, una multitud de seres envejecidos, resecos, melancólicos, lo perseguía arrastrando penosamente sus cuerpos en donde se habían saciado tanto el placer como el dolor. “¡Dios!”, volvió a exclamar Mara, porque en esa inminente avalancha que parecía desprenderse del tumbado, reconoció a sus padres, a sus

parientes, a sus amigos; todos arrasados por ese alud que los llevaba dando tumbos por la pared y los arrojaba en el suelo de donde se incorporaban sacudiéndose los vestidos, incrédulos de verse como estaban: despellegados, sin dientes, sin pelo, y como preguntándose: ¿Qué ocurrió? ¿Pero si ayer no más...? Y levantaban los ojos al cielo. En una de las paredes reconoció a los muchachos que un día se burlaron de su baile de bodas, pero ahora ellos eran los ofendidos, los ancianos que con desesperación se buscaban la vena más gorda del sexo para asestarse el último pinchazo de droga. Con sus caras pintarrajeadas y sus escasas crestas de mohicano, se confundían con el resto de la humanidad que se prendía a las paredes y hurtaba los pies a las ascendentes tinieblas de la nada. Vio los sitios donde fue feliz cubiertos de un polvo desolado. A la torre de Eiffel doblegándose en el crepúsculo con sus hierros reblandecidos. Esto era el porvenir. Y en ese caos de cosas consumidas, chupadas, acariciadas, corrompidas, sucedidas, vio a los únicos seres dignos en ese horror perfecto: eran los niños de su instituto, niños catatónicos, afásicos, autistas, esquizofrénicos, anunciando con sus pequeños acordeones que el fin de la fiesta había llegado.

Sin poder más con esa intolerable maravilla, Mara buscó la salida. Pero entonces, junto a la puerta, vio el único pedazo de pared que Furio no había pintado. Era un espacio en forma de silueta humana. Un fragmento al que un anciano se encaramaba en posición de toro o de caballo, mientras la silueta en blanco apoyaba sus manos en un tonel de vino. “La pintura se va a esfumar”, temió horrorizada. “La obra no está concluida”. Cautelosamente se aproximó y con asombro constató que ese anciano era Furio, y que por lo mismo, esa silueta era la suya. Rápidamente hizo el ademán de apoyarse en el tonel y sintió que su cuerpo encajaba perfectamente en la pintura. Una extraña alegría invadió a Mara, ahora que la obra estaba conclui-

da. La alegría de saber que para siempre tendría que ocupar ese lugar en la pintura. Porque tan pronto lo abandonara, irremediablemente habría de cumplirse la superstición de Furio.